

VII

Pepe se quedó reflexionando en el despacho.

Era, pues, un hecho: ¡Mañana se batiría! Pero aun cuando se esforzaba, no conseguía formarse de ello una idea concreta, porque todo su ser, como un animal recalcitrante, se retraía por instintivo temor, ante la imagen que le acosaba del inminente peligro.

—Veamos, veamos...—se obstinaba, sin embargo, en repetirse, apelando a sus fuerzas para persuadir a que se calmaran sus excitados nervios, los cuales, en su rebelión contra la voluntad, le suscitaban en el cerebro ideas y pensamientos que le hacían extraviar los ojos y contraer toda la cara.

—¡Por una estupidez!—exclamó por fin exasperado y levantando un brazo.

Pero en seguida, sorprendido por su propia voz, miró alrededor, temeroso de que alguien hubiera podido oírlo, e hizo un rápido molinete con el bastón.

—Así..., así...

No, él no tenía miedo.

Lo cierto era, no obstante, que se encontraba en aquel trance—con riesgo de dejarse la piel... (sí, todo era posible)—, por una tontería. Muy bien pudo hacer como si no hubiese oído las palabras de Borrani. ¿Qué le importaban, des-

pués de todo? ¿Qué tenía él que ver en aquel asunto? Casi por divertirse se había mezclado en él, no porque hubiese tomado en serio el discurso de Raví, aquella semipromesa sin valor alguno. Sí; pero el caso era que, entre risas y bromas, se hallaba ahora a punto de batirse por la mujer aquella. Y ya empezaba a tener sobre ella algún derecho, puesto que por ella arriesgaba la vida... ¡Y pensar que tal vez mañana!...

Volvió a conturbarse. Pensó que nunca había tenido un sable en la mano, que no sabía nada, absolutamente nada, de esgrima; se vió frente a Borrani, alto, robusto, impetuoso, con el arma al puño, terrible: sintió que le faltaba la respiración, y salió a escape del despacho, al aire libre, anheloso de ver gente.

Ya en la calle, empero, como si tuviese la vista deslumbrada, no distinguió nada: una gran confusión, como si las personas y las casas tremolasesen al sol. Zumbábanle los oídos. Se encaminó de prisa, instintivamente, hacia su casa. Al entrar por Porta Mazzara en el barrio de Rabato, pensó de pronto en su madre y se enterneció hasta saltársele las lágrimas.

—¡Pobre mamá!

La encontró, como de costumbre, dando vueltas por las vastas habitaciones, con un plumero en una mano y un rosario en la otra: murmuraba avemarías y sacudía el polvo, dirigiéndose ya a este ya a aquel antiguo mueble de vetustas formas.

El aseo de la casa se había convertido, para doña Bettina, en una manía; hasta el punto de que, cuando oía sonar la campanilla de la puerta,

31076

no dejaba nunca de gritar, aun desde la habitación más recóndita y lejana:

—¡Límpiese los pies!

Pero, tanto en el continuo pulimento del antiguo mueblaje como en el ejercicio de los más humildes quehaceres domésticos, ella conservaba siempre un continente ligero y como ajeno a lo que estaba haciendo. Llevaba anudada a la cabeza una enorme trenza postiza, pero de su propio pelo, caído ya hacía mucho tiempo, de color castaño, en llamativo contraste con las pocas canas que persistían sobre la frente. Coronaba la trenza una cofia negra, de punto, que llevaba siempre a la cabeza, anudada bajo la barbilla; usaba mitones en sus manos pequeñas, blancas y ensortijadas; y pendía de sus hombros un chal de seda, negro en su tiempo, y ya pardo. Ocultar a los demás y sufrir con la mayor dignidad su pobreza, como cualquiera otra desdicha de la vida, era el constante estudio de doña Bettina, la cual, por ejemplo, había realizado no pocos sacrificios para conservar las gafas con montura de oro, que lucía sobre su nariz aristocrática.

En la cara, si no ya en el cuerpo, quedaban restos de aquella antigua belleza que tantas llamas había encendido en la juventud masculina de sus tiempos. De ella estuvo perdidamente enamorado, pero con poca suerte, don Diego Alcozer. Por entonces, además de su noble alcurnia y de su belleza, era rica. Casada muy joven con don Gerlando Alletto, en los treinta años de matrimonio las pasó muy negras. Pero ya se lo había perdonado todo al difunto marido, salvo una cosa de la que parecía no poder olvidarse: de que

siempre la hubiese llamado él, por mero capricho Isabelota.

—¡Qué estupidez!—solía decir—. Porque siempre he sido así: menudita y fina.

Al ver entrar a su hijo no interrumpió su rezo ni se apartó de la consola, a la que se había acercado. Sólo cuando hubo pasado el plumero por el mármol del mueble se volvió hacia Pepe, y con ligero movimiento de cabeza y entornando los ojos, indicó preguntarle lo que le ocurría.

—Nada—contestóle Pepe.

Y ella le sonrió, continuando en sus rezos y sus andanzas por la casa, con el plumero en la mano.

Pepe la siguió con la vista, conteniendo el estímulo que le impulsaba a acercarse a su madre y estrecharla fuertemente contra su pecho.

—¡Si llegase a perderme!—pensó.

¡Ah! ¡Bien sabía él qué golpe sería para su santa viejecita! Sintió remordimiento por lo que a veces le habían impacientado las cariñosas exigencias de su madre, la cual hasta pretendía que durmiese él, como cuando niño, en el mismo cuarto que ella.

—¡Sí, sí, siempre contigo, mamita mía!—se dijo a sí mismo. Y comprendiendo que no iba a poder dominarse, fué a encerrarse en una habitación.

Varias veces, la madre, al ver que Pepe no comía y que la miraba insistentemente, le preguntó en la mesa:

—¿Qué tienes?

—Nada..., nada...—le respondió afectuosamente Pepe.

Entonces doña Bettina alzó un dedo de la mano enmitonada, y le amenazó sonriente:

—Ya sé lo que te pasa—le dijo—. Que se ha casado con ese vejestorio imbécil...

Pepe se ruborizó, y movió melancólicamente la cabeza:

—No—contestó—. No pensaba en eso... Me tiene sin cuidado...

—Está bien—aprobó la madre—. No hay que pensar... No era para ti... Ya encontrarás otra. Pero por ahora no querrás dejar sola a tu viejecita madre, ¿verdad?

Pepe no pudo contenerse más: angustiado cogió una mano de su madre, se la llevó a los labios, y acariciándola y besándola, murmuró:

—¡No, no: nunca, nunca, mamá!

Se levantó de la mesa. Dijo que quería volver a casa de Filomena para ver si estaba mejor, y salió. Doña Bettina se turbó al oír nombrar a su hija. No quería saber nada de ella. Cuando regañó con el yerno, precisamente por causa de Filomena, por lo que ésta sufría, propuso a su hija que dejase a sus hijos y volviese a la casa materna. Como era natural, Filomena se negó, y entonces le dijo su madre que mientras siguiese con el marido, sería como si estuviera muerta para ella. Obscurecido el rostro, vió salir a su hijo sin preguntarle nada.

Ciro volvió tarde del campo.

—¿Han venido los padrinos?—preguntóle a Pepe en cuanto lo vió. Y quiso saber las condiciones del duelo—. ¿El sable? Hubiera preferido la pistola o la espada. Bien. Quédate a cenar con nosotros.

Después de la cena, como sabía que Pepe no servía ni para manejar un cortaplumas, lo llevó al despacho para enseñarle un golpe seguro.

—No practico hace tiempo; pero, llegada la ocasión... Toma—dijo, cogiendo de un rincón dos látigos y dando uno a Pepe—: hazte cuenta que son sables.

En la mesa ardía una lámpara que apenas daba luz a la habitación. En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Pepe estaba en el colmo del empequeñecimiento: aquel látigo que empuñaba y la afectada bravuconería de su cuñado, que se mantenía en guardia golpeándole en las piernas, le parecía una broma fuera de lugar. Ciro, mientras tanto, gritaba impaciente, sin comprender que con sus gritos lo aturdiría más. Dispúsose un instante a enseñar a Pepe el golpe infalible. Y, dale que dale, concluyó por enardecerse en serio, se enfureció, y gritando: "¡Me acuerdo de los tiempos antiguos!", se lanzó a un asalto furibundo contra el pobre cuñado, quien, cubriéndose la cabeza con los brazos, se encorvó ante la furia de los latigazos, pidiendo socorro y misericordia.

Acudió la hermana con una luz en la mano.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se están matando! ¡Ciro! ¡Pepe!

—¡Calla, bestia, calla!—rugió como un energúmeno el marido, dejando a Pepe que se quejaba—. ¿No ves que estamos jugando?

VIII

Raví llevaba ya cerca de dos horas de impaciente espera, apoyado en la barandilla de hierro del paseo, con los ojos en un punto determinado de la vasta, verde y arbolada campiña que se extiende al pie de la colina sobre la que Girgenti parece haberse encaramado. De cuando en cuando resoplaba y movíase unos pasos o imprimía una violenta sacudida a la barandilla, siempre con la mirada fija allá lejos, en la sombría mancha de los cipreses del camposanto de Bonamorone. Y murmuraba:

—¡Precisamente allí, sicarios! ¡Pajarracos de mal agüero!

A la hora aquella, el Paseo estaba desierto. Un soldado, asomado a la ventana del gríseo cuartelón frontero, lustraba una bota silbando con fuerza. Por el camino polvoriento, bajo el Paseo, pasaban carros y carricoches con cántaros de agua, tirados por cansados borriquillos, a los que los aguadores no les hacían gracia del peso de sus cuerpos, desde la penosa salida del manantial de agua potable, allá, junto al cementerio. Don Marcantonio, inclinándose sobre la barandilla, los llamaba desde arriba:

—Oíd: ¿habéis visto dos coches por ahí?

Nadie había visto nada.

—¿Dónde estarán?—se preguntaba Raví, convul-

so—. ¿Habrán tomado otro camino? No es posible. Este es el más corto. Tienen que volver por aquí.

Y golpeaba sus manazas sobre la barandilla mohosa.

—¡Te vas a secar la lengua!—gritó al soldado, que no cesaba de silbar en la ventana del cuartel.

A don Marcantonio le remordía el duelo aquel, como si verdaderamente tuviese él la culpa por lo que dijo a Alletto poco tiempo antes de la boda de Estrellita. ¿No la había defendido, en efecto, aquel pobre joven, cual si la considerase en realidad como su prometida?

No quería él admitir, ni aun después del desgraciado éxito de la fiesta nupcial y de las violentas escenas de la desposada, que su primer razonamiento hubiese flaqueado un poco. Creía más bien que el diablo se había divertido en aguar el final de la fiesta, sugiriendo primeramente a don Diego la idea de ofrecer aquella maldecida copita a su esposa e impulsando luego a Alletto y a Borrani el uno contra el otro.

—¡Para desesperarse!—pensaba Raví—. Pero yo no debo darme por vencido.

Por la comarca no se hacía más que charlas de aquella boda, terminada en una contienda; el nombre de don Marcantonio y el de don Diego estaban en todos los labios; repetíase entre risas la ridícula frase que se le escapó al pobre Pepe: *Sé también el francés*. Aquellas cuantas gotas derramadas por don Diego sobre el vestido de la desposada se habían convertido en media botella, y se contaban de aquella velada, ya famosa, las cosas más raras y más grotescas.

El mismo día anterior a la mañana aquella, don Marcantonio había observado las burlonas miradas de las gentes. Algunos le habían negado el saludo. Pues bien; santo gusto, y a mucha honra.

—Veremos quién reirá al final. Darme dos, tres años de tiempo, y veremos quién tenía razón.

Mientras tanto, él estaba allí; sí, señores, esperando con ansia y con legítima impaciencia el resultado de aquel lance. Jugaba a cartas descubiertas. Sí, señores, le era grato aquel joven, bueno y respetuoso, y a su tiempo sería el marido de Estrellita, ya rica, y los dos entonces serían felices, a despecho de los envidiosos, y aquella felicidad se la deberían a él. ¿Pero por qué no volvían los coches?

Don Marcantonio no pudo refrenar más tiempo su inquietud, y se apresuró a bajar al camino, sobre el que se alzaba el paseo. Al llegar cerca del cuartel, vió a lo lejos un coche, que avanzaba al paso, polvoriento.

—¡Aquí está!—exclamó; y el corazón le saltó en el pecho.

Echó a correr a su encuentro, fatigosamente, ayudando con el movimiento de sus brazos al de sus deformes piernas bajo la panza.

—Seguramente trae un herido; por eso viene tan despacio. ¿Quién será? ¿Quién será?

—¿Quién es?—interrogó, al llegar, anheloso y con el sombrero en la mano, al cochero.

Gerlando D'Ambrosio sacó la cabeza por la ventanilla para mirar, con rostro sombrío, al través de sus fortísimos lentes de miope.

—¡Ah, pobre don Pepe!—exclamó Ravi, gol-

peándose la frente con la palma de la mano y mirando dentro del coche.

Pepe Alletto, palidísimo, con la americana sobre los hombros, la camisa abierta en el pecho vendado, le dirigió una mirada vidriosa.

—¡No pares! Sigue—ordenó al cochero Nocio Tucciarello con acento hosco.

—Dígame, doctor...—impetró don Marcantonio.

—¡Sigue!—gritó Tucciarello al cochero.

—¡*Ecce homo!* ¡He ahí a Jesús entre los judíos! ¡Bribones!—se puso entonces a vociferar don Marcantonio, con los brazos en alto, en medio del camino, jadeante, con las lágrimas en los ojos y las piernas temblonas por la carrera y la emoción.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926. 1625 MONTERREY, N.M.

IX

Pepe Alletto había recibido un sablazo enorme que le cruzaba desde el hombro izquierdo hasta el costado derecho: sesenta y cuatro puntos de sutura, uno tras otro, sobre lo vivo de la herida. Durante la operación se desmayó dos veces.

Pero Tucciarello y D'Ambrosio, más que por el doloroso resultado del duelo, estaban enojados por la actitud de su apadrinado frente al adversario. No era en realidad que Pepe hubiera hecho una triste figura; pero apenas empuñado el sable, ¡Cristo santo!—pensaba Tucciarello mordiéndose la punta de la barba—, apenas empuñado el sable, se había puesto más pálido que la cera; y por poco no pudo alzar el brazo, como si el sable fuese de bronce macizo. ¿Parar? ¿Cubrirse? ¡Nada! Allí, como un fantoche... Y entonces, sabido era, zis zas, al primer encuentro, hecho cisco. Menos mal que no había recibido el golpe en la cabeza. Borrani lo hubiera partido en dos, como a un melón.

Ciro Coppa, enterado ya por los padrinos del adversario, llegados antes, del resultado del lance, había mandado preparar una cama para recibir al herido. No podría mandarlo en semejante estado a casa de la anciana madre.

En la espera, andaba a largos pasos por el despacho, murmurando injurias e imprecaciones contra las mujeres, perdición de los hombres.

¡Puaf! Ya había tenido una escena con su mujer enferma: gritos, llantos, escandalera, ¿y por qué? Porque un conejo había querido echárselas de león. ¡Imbécil!

—¡El coche, el coche!—vino a anunciarle, corriendo, la criada.

—¡Que no entre nadie!—gritó Coppa imaginándose de pronto que una muchedumbre de curiosos pretendía irrumpir en la casa, en pos del herido—. ¡Solamente el médico y el enfermo!

Y salió a escape, tras la criada.

Pepe fué transportado en una silla desde el coche a la cama. Ciro tomó presuroso la delantera para encerrar a su mujer bajo llave.

—¡Quiero verle! ¡Por caridad, Ciro, déjame verlo!—imploraba llorando Filomena, y empujando la puerta con las manos y las rodillas.

Pero ya Ciro había corrido al cuarto del herido para darle a su manera la bienvenida.

—¡Eres el mayor tonto que existe sobre la faz de la tierra!

—¡Silencio, señor Coppa, silencio!... Tiene fiebre...—le amonestó el médico.

—¡Que no entre nadie!—gritó Ciro al médico por toda respuesta, en la exaltación del momento. Y repitió—: ¡Que no entre nadie! ¡Voy a ponerme yo mismo de guardia en la puerta!... ¡Ay del que entre!

Y salió otra vez, corriendo.

—¡Pepe! ¡Pepe! ¡Dejádmelo ver! ¡Quiero verlo! ¡Por Dios!—segua implorando entre sollozos Filomena.

Ciro se paró de pronto, abrió la puerta, y con los ojos fuera de las órbitas:

—¡Cristo! ¡La Virgen! ¡El Padre Eterno! ¿Qué más?... ¡Te bajaré a todos los moradores del paraíso! ¡Te he dicho que no puedes verlo! Lo han desnudado, está en cueros... ¡No entra nadie!

Y en realidad, aquel día, no dejó entrar ni a los más íntimos amigos de su cuñado. Y sólo alguno que otro en los días sucesivos. Pero ya no había el peligro de que los visitantes pudiesen ver a Filomena. La pobrecilla había tenido que guardar cama, agravada su dolencia por aquel inesperado golpe.

Fueron así admitidos a ver al herido, también don Marcantonio y Alcozer, que acudieron juntos, sonriente y ceremonioso el segundo; perturbado el primero por la bilis que le bullía en el cuerpo.

—¡Don Pepe, mi querido don Pepe!

Y a la fuerza le quiso besar una mano, rompiendo en llanto, como si Pepe yaciera moribundo.

La herida, aunque de larga y dolorosa curación, no era de peligro. Pepe solamente se quejó con los dos visitantes de la inmovilidad a que se veía costreñido, y con los ojos en los de don Marcantonio, trataba de leer noticias de Estrellita.

Raví le habló del interés de toda su familia; y don Diego confirmó con la cabeza lo expresado por su suegro. ¿Ah, sí? ¿De manera que también Estrellita se había enterado del duelo? Pepe experimentó con esto una vivísima alegría, perturbada solamente por la rara sonrisa con que Diego acompañaba su movimiento de cabeza, aprobatorio de casi todo lo que decía Raví.

—No dejen de volver a verme—dijo al final Pe-

pe—. Ha dicho el médico que tendré para mucho tiempo. No pueden imaginarse el placer que me proporcionarán.

—¿Placer usted? ¿Y yo?—exclamó don Marcantonio—. Le daría mi vida, don Pepe. Dios sabe lo que sufrí al saber... Pero no hablemos de ello. Quede con Dios. Volveré mañana..., si me dejan entrar. Ha de saber usted que su cuñado, el día del duelo, me dejó a la puerta. ¡Dejarme fuera a mí, que hubiera querido llevar a usted en brazos a mi casa, para asistirle como a un hijo! ¡En fin! Adiós, don Pepe...

Raví volvió, en efecto, solo, no al día siguiente, pero pocos después, y se entretuvo largo rato hablando con Pepe; le dijo que todos los días mandaba a su mujer a casa de doña Bettina para darle noticias, consolarla y hacerle compañía, porque la pobrecilla se consumía de pena al no poder ir a ver a su hijo; le habló después de la hermosa casa de Alcozer, de la manera de comportarse éste con su mujer, que había acabado por ir a vivir allí; de las visitas que hacía él diariamente a Estrellita, para recomendarle prudencia y paciencia.

—Porque, ¿comprende usted, don Pepe? El viejo, por un lado, se conoce; pero, por otro, ya sabe usted que gusta de compañía. Así es, que recibe gente en casa, jóvenes... ¿Comprende usted? Ahora bien; esto, si de una parte me agrada, porque así Estrellita se distrae y no está sola, de la otra tengo miedo de que dé ocasión de hablar a las malas lenguas... Ya sabe usted cómo las gastan por aquí... Acuden los amigos de usted: los hermanos Salvo con los primos Garofa-

lo, alegres y buenos muchachos, lo sé...; y en cuanto a Estrellita, no porque sea hija mía, pero usted la conoce, es un angelito. No conviene, sin embargo, poner la estopa junto al fuego, por mero capricho. En fin, yo no tengo ya que ver en ello; ahora el asunto es de incumbencia del marido, el cual debe de tener experiencia. ¿No le parece? Por lo demás, ya sabe usted lo que se dice: más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena...

¿Y Estrellita?—hubiera querido preguntar Pepe—. ¿Ríe, canta, bromea con los Salvo, con los Garofalo, mientras que me encuentro yo aquí, por ella, clavado en el lecho?

X

¡Cuántas espinas tuvo desde aquel día la cama para el pobre Pepe!

—Dígame, doctor, ¿cuándo podré levantarme? ¡No puedo más!

Pero el médico no le hacía caso, y estaba con él pocos minutos, consternado por otro motivo, por el grave riesgo que corría en aquellos momentos Filomena. Y Coppa no quería darse por enterado, pretendía del médico la curación de su mujer, como si, habiendo sufrido y gastado tanto por ella se creyera en el derecho de no perderla. Hacía una semana que no pegaba los ojos ni comía apenas, sin separarse del lecho de la enferma ni apartar los ojos de ella. Creía él, en verdad, que de aquel modo luchaba contra la muerte, y no le parecía posible que ésta le arrebatase a la esposa, mientras que permanecía él allí, firme, vigilante, apercibida su propia voluntad en defensa de aquélla. Y si el médico le decía algo:

—No sé nada—le contestaba invariablemente—. Obre usted; usted es el responsable. Aquí estoy yo. No me quejo de nada.

Pero al fin el médico pidió consulta, y, como sus colegas le afirmaran que había hecho cuanto

era posible por la enferma, quiso declinar toda responsabilidad. Filomena estaba desahuciada.

Ciro Coppa se apresuró a despedir al médico, insultándole; después, como le pareciera que allí, en la casa, donde la Ciencia se había dado por vencida ante la Muerte, la defensa de la mujer se hallaba comprometida, sacó del armario un vestido de la mujer, y le dijo a ésta:

—Toma, vístete en seguida. Yo te curaré. Vamos al campo: aire libre, paseos... Yo enseñaré a esos embusteros charlatanes cómo se salvan los enfermos... ¿Quieres que te ayude a vestirme? ¡Por piedad, Filomena, no te abandones! ¡No me hagas eso! Tú me quieres... Yo...

Un espasmo de llanto le sofocó de pronto la voz en la garganta. La mujer había cerrado los ojos apenadamente ante el desesperado requerimiento de él: dos lágrimas brotaron de sus ojos, y se deslizaban por su demacrado y exangüe rostro. Con una mano le indicó que se acercara. Ciro lo hizo angustiado, tembloroso, por el esfuerzo con que sofocaba la violenta emoción. Y entonces, la moribunda le echó un brazo al cuello y le acarició la cabeza con la mano trémula.

—¡Hazme un favor!—le murmuró—. Quiero un confesor...

Ciro, inclinado sobre el pecho de ella, prorrumpió en un llanto furibundo, como si hubiérale puesto rabioso la mordedura del dolor.

—¿No tienes ya confianza en mí, Filomena?—rugió entre desgarrados sollozos. Después, levantándose, espantable, terrible—: ¿Y qué pecados puedes tener tú en la conciencia, para no confiarlos sino bajo el secreto de confesión?

—¿Quién no tiene pecados, Ciro?—suspiró la moribunda.

Salió él del cuarto agarrándose la cabeza con las manos. Ordenó a la criada que llamase a un sacerdote.

—¡Que sea viejo!—le gritó; y huyó de la casa para no asistir al acto.

Cerca de dos horas estuvo yendo de un lado para otro, bajo los árboles del paseo, devanándose los sesos en imaginar los pecados que su mujer estaría confesando en aquel momento al sacerdote.

¿Qué pecados?... ¿Qué pecados?... Pecados de pensamiento, seguramente..., pecados de intención... ¿Quién había visto jamás a su mujer?... ¿Cosas antiguas?... ¡Pecados antiguos!

Y paseaba con las manos en los riñones, con el rostro contraído por los celos y los ojos despidiendo chispas.

Filomena murió por la noche. Pepe quiso a toda costa levantarse para ver por última vez a su hermana y darle un beso en la frente. Ciro se había encerrado en el cuarto de sus hijos, a los que se había mandado con la abuela, y tumbado en una camita mordía y desgarraba las almohadas para no gritar.

Al día siguiente ordenó que pusieran la mesa y mandó buscar a sus hijos a casa de la abuela. La vieja sirvienta le miró, temerosa de que se hubiese vuelto loco.

—¡Pon la mesa!—le volvió a ordenar Ciro—. Y prepara el sitio de la señora.

Quiso que todos, Pepe y los dos hijos, se sentaran con él a comer.

—¡Yo mando aquí!—gritaba, pegando puñetazos en la mesa, con lo que hacía bailar los vasos—. ¡Yo mando aquí! Pensad lo que se disgustaría Filomena si supiera que, por su causa, se han quedado hoy en ayunas sus hijitos. ¡Comamos!

Empezó por hacer plato a su mujer, como de costumbre. Después quiso dar el buen ejemplo, siendo el primero en comer; pero, en cuanto se llevó la cuchara a la boca, flaqueó, se tapó con la servilleta, y clamó con voz sofocada:

—¡Filomena! ¡Filomena!

No obstante, cuando los niños, acongojados, se pusieron a gritar también, volvió a sus puñetazos sobre la mesa.

—¡A callar! ¡Yo mando aquí! No disgustéis a vuestra madre! Está aquí, con nosotros..., viéndonos a todos, sufriendo si ve que no coméis en todo el día, hijos míos... Comed, comed...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR. 1925 MONTERREY, MEXICO

XI

Con el luto por la hermana y la palidez que le había dejado la larga convalecencia, Pepe salió para mostrarse más "interesante" a los ojos de Estrellita, como si se hubiera puesto de negro por la boda de ella.

Se dirigió a casa de Alcozer, en la Via di Porta Mazzara, la primera noche que le fué permitido salir. Al subir la escalera, le palpitaba con tal fuerza el corazón, que, cada cuatro o cinco escalones, tenía que pararse para tomar aliento. Al llegar al penúltimo descansillo, le hirió cruelmente la voz de Estrellita, que cantaba una romanza, acompañada al piano por Mauro Salvo, sin duda.

—¡Canta, canta, ingrata!

Se apoyó contra la pared y se apretó fuertemente los ojos con una mano. Las últimas palabras de la romanza le llegaron claramente:

Vuelve, caro ideal, vuelve, vuelve...

Sonaron aplausos, y entre ellos una argentina risotada. Pepe se estremeció, subió los escalones y tiró del cordón de la campanilla.

—¡Pepe!—exclamó sorprendido Gasparino Salvo, que le abrió la puerta, y se apresuró a anunciarle, jubilosamente, en el saloncito—. ¡Es Pepe! ¡Pepe Alletto! ¡Ha venido Pepe!

Fifo y Mommino Garofalo y Totó Salvo acudieron a la salita. Don Diego, que dormitaba en el sofá, despertado por los aplausos y las voces, se puso en pie, confuso, mirando a Mauro Salvo, que permanecía sentado en la butaca, y a Estrellita, que, con una rodilla sobre el taburete del piano y una mano en la tapa, miraba absorta la llama de la bujía próxima al pupitre.

Pepe quedó, entre la bulliciosa acogida de los amigos, pálido, perplejo, y tendió con los ojos bajos la mano a Estrellita, que le alargó la suya, inerte y fría, mientras que don Diego, inclinándose y gesticulando aparatosamente con los brazos, le decía:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Ya le tenemos por fin entre nosotros! ¡Curado del todo? Enhorabuena. Siéntese aquí, a mi lado.

Sólo Mauro Salvo no dijo nada a Pepe. Desde la butaca, en que permaneció sentado, le miró con frialdad al través de los párpados, que le colgaban, por defecto físico, sobre los ojos saltones, y a los que la nariz arremangada parecía ordenar con obstinada fiereza que se alzasen. Pepe le observó un instante, y después, dirigiéndose a Estrellita, preguntó:

—¿He venido a perturbar?

Don Diego contestó:

—¿Pero qué dice usted, querido don Pepe? Lo vemos con mucho gusto, y muy honrados. Todas las noches le estábamos esperando, hablando de usted, ¿verdad, señores?

Todos, menos Mauro y Estrellita, asintieron.

—Mucho hemos sentido—continuó don Diego—su desgracia.

—¡Pobre doña Filomena!—exclamó Fifo Garofalo, sujetándose los lentes sobre la nariz.

Siguió al recuerdo de la muerta un instante de silencio, durante el cual Pepe cabeceó ligeramente.

—Contribuyó a apresurar su fin—declaró luego—, el susto que pasó por mí.

—Se asustó—intervino rudamente Mauro Salvo, con los ojos bajos y la nariz en alto—porque, según se dice, su cuñado la encerró con llave en un cuarto, sin permitir que fuese a verte, con lo que creyó ella que venías moribundo; en cambio, si hubiese visto que no era más que un arañazo...

—¿Arañazo?—interrumpió impulsivo Mommino Garofalo—. ¿Cuántos puntos, Pepe?

—Sesenta y cuatro—contestó éste con voz queda y apretando los labios.

—Sí—replicó Mauro mirando en derredor, con los párpados caídos, a los circunstantes—; pero no una herida mortal ni para asustar.

—Así es—aprobó Pepe, para cortar aquel asunto—. Y ahora he de decir que, cuando subía, he oído que esta señora estaba cantando una romanza... Verdaderamente he sido importuno...

—¿Todavía? Le hemos dicho que no, querido don Pepe.

Y don Diego contó a Alletto de qué modo pasaban las veladas en aquella casa, intercalando unas cuantas reflexiones sobre la alocada juventud y la aborrecida vejez. *Sic vivitur, sic vivitur...* La sociedad era para él más necesaria que el pan; pero sociedad de jóvenes, por supuesto. Con viejos como él no sabía qué hacer. Empero, ¡ay!, ya no le quedaba a él otra cosa que mirar

y oír, oír y mirar. Se contentaba con ello, sin embargo.

Al hablar, don Diego tenía en los labios aquella sonrisita ambigua, que ya Pepe le había notado en la visita que le hizo acompañando a don Marcantonio. Pero esta vez la sonrisita parecía dirigirse más bien a Mauro Salvo, hacia quien la mirada de don Diego se volvía a menudo. Equivocadamente, Pepe se sentía turbado por aquella sonrisita, la cual tenía un significado bastante más recóndito del que, en sus celos, le atribuía. Desde el primer momento se había dado cuenta don Diego del enamoramiento de Salvo, cosa que, en su fuero interno, en vez de perturbarle, le había complacido. Mauro era feo de rostro y rudo de modales: Estrellita no lo hubiera aceptado nunca. En cambio, el viejo temía al otro, a Pepe, protegido por don Marcantonio, y con el prestigio, ahora, de haberse batido por ella. Y, no obstante, había esperado con impaciencia la intervención de Alletto, porque Estrellita, desde aquella noche, se encontraría entre dos fuegos: los dos rivales se vigilarían mutuamente, y él podría descansar tranquilo y seguro; con tal expediente, podría disfrutar la compañía de aquellos jóvenes alegres y ligeros. Por esto sonreía el viejo de aquella guisa.

La conversación se animó poco a poco y también tomó en ella parte Estrellita, la cual, sin embargo, de cuando en cuando dirigía una rápida e inquieta mirada al balcón en el que mientras los demás hablaban, se había aislado Mauro Salvo, cerrando tras sí, paulatinamente, las maderas. Y allí, de espaldas al saloncito, con los codos

apoyados en la barandilla y la cabeza entre las manos, se puso a mirar el campo, ensombrecido por la noche.

Antes que Estrellita, había advertido don Diego la desaparición de Mauro; y, tras un rato, lo llamó.

—Entre usted, hombre. Se va a enfriar...

—Me duele mucho la cabeza...—contestó Mauro, sombríamente; pero entró y cerró el balcón.

Don Diego, mostrando ahora en sus ojuelos la sonrisita anterior de sus labios, le miró un momento, y le dijo luego afectuosamente:

—Sí, se le conoce a usted en la cara. Pobrecillo. No se amilane, vamos...

XII

En una de aquellas veladas se concertó para el domingo siguiente una excursión a los Templos: se saldría a las siete de la mañana.

Juntamente con los Garofalo y los dos Salvo, don Diego había recabado de Pepe que participase de la excursión, a pesar de lo reciente de su luto; y entonces, Mauro se excusó de asistir.

Fué el único, en efecto, que no acudió a la cita. Don Diego sintió que le faltaba un brazo, y con el pretexto de que el tiempo no le parecía bastante bueno, hubiera querido desistir de la excursión o aplazarla. Verdaderamente, el cielo no estaba despejado y amenazaban ya las primeras lluvias otoñales. Pero los jóvenes amigos y Estrellita declararon, por el contrario, que la mañana no podía estar mejor para una jira. Don Diego tuvo que ceder al fin.

Estrellita se mostraba contenta; bromeaba con Fifo Garofalo, que había traído su capa, y declaraba que sentía frío. Pepe la veía sonreír y sonreía, como si fuese un espejo ante ella.

Pero al llegar al extremo del paseo, vieron a Mauro Salvo acodado en una pilastra de la balandilla y las manos bajo el mentón. La primera en verle fué Estrellita, quien, mordiéndose los labios y poniéndose entre ellos un dedo, cogió el

bastón a Pepe, y siguió, ligera y de puntillas, hasta que, alargando el brazo, tocó con la puntera el ala del sombrero de Mauro. Volvióse éste airadamente; pero se encontró ante Estrellita, que le amenazaba muy seria con un dedo, entre las risas de los demás.

Así él se incorporó a la comitiva. Reían todos y Estrellita parecía la más alegre. Don Diego miraba a su mujer y a los seis jóvenes, y gozaba con la alegría de ellos, siguiéndoles por el camino en cuesta, polvoriento y lleno de baches por el continuo tránsito de carros.

—Despacio, muchachos, despacio...—se limitaba a decir de cuando en cuando, al pensar en lo largo del camino y en los años que llevaba a cuestas; alzaba luego los ojos al cielo y torcía la boca.

El cielo se iba poniendo cada vez más amenazador por la parte de Levante; allá, en la lejanía, sobre las lívidas alturas de la Crocca, las nubes se amontonaban sombrías, como si ya lloviese; se había levantado un vientecillo fresco, que parecía confortar a los árboles exhaustos, anunciándoles la proximidad de la tan esperada lluvia; y de la campiña seca, a derecha e izquierda del camino resquebrajado, llegaba el piar alegre de las calandrias, que tal vez pregonaban también la llegada del agua...

Cuando los excursionistas se acercaban a la antigua capilla de San Nicolás, rodeada de pinos marítimos y cipreses, que se alza en un recodo del camino, don Diego, al que le había caído una gota en la mano, aconsejó:

—Quedémonos aquí, señores. No me parece pru-

dente seguir hasta los Templos con este nublado. Atended al viejo.

—¡No, no! Son nubes que pasan—gritaron todos—. ¡No lloverá!...

—Habrá de pesarnos—replicó don Diego—. Pero, en fin, hágase la voluntad de la juventud. ¡Animo y adelante, muchachos!

Pasada la capilla, la cuesta abajo, más rápida, facilitó la alegre carrera, bajo la amenaza de la lluvia. Y no tardaron en estar a la vista del magnífico Templo de la Concordia, intacto todavía, aéreo sobre un altozano y con el majestuoso peristilo abierto al bosque de almendros y de olivos, llamado, en memoria de la antigua ciudad que allí se alzaba, bosque de la Civita; más allá se divisaba la de San Gregorio, surcada por el Acragas, y, en la infinita lejanía, el mar, de un intenso azul. El bosque se estremecía agitado bajo las densas nubes que pasaban lentas, preñadas de agua, y en lo alto vibraban los vértices de los colosales cipreses, erguidos entre los almendros y los olivos, como vigilantes guardianes del Templo antiguo.

Los alegres gritos de los excursionistas resonaban extrañamente en medio del sagrado silencio, entre las columnas austeras. Estrellita, que se había quedado colgada en la gradería, casi derrumbada, por la que se sube al alto zócalo, reclamó ayuda. Rápido, acudió Mauro Salvo, que la izó por las manos.

Fifo Garofalo, entendido en arqueología, con el mantel de la mesa sobre los hombros y un sombrero viejo encasquetado en la cabeza:

—¡Venid, ¡oh profanos!—tronó, subido en un

pedrusco en medio del Templo—. ¡Turba irreverente, venid!... No; esperad...—se bajó del pedrusco—. Que Estrellita haga de diosa; levanta los brazos..., así... ¡Adorad a la diosa Concordia, oh profanos! Yo, sacerdote celebrante, digo en alta voz: “Hagamos libaciones, y oremos...” Pero, no, ¡esperad, esperad!...

Todos, excepto Estrellita, en su calidad de diosa, se habían precipitado a la cesta de las viandas que traía la sirviente.

—Tú, Pepe—añadió Fifo gritando—, tú, ministro subalterno, pregunta antes a los presentes: “¿Quiénes son los que componen esta asamblea?”

—¡Unos hambrientos!—contestaron todos a coro, incluso la diosa Estrellita.

—No, no: hay que responder en voz muy alta: ¡Hombres de bien! Y si no lo decís con fuerza, nadie lo cree. Pronto, pronto, ofreced un bizcocho sin mácula a doña Concordia...

—¡Y encended una luz!—agregó Pepe, mirando al cielo obscurecido de pronto, como si hubiera caído la noche.

—Ya dije yo lo que nos esperaba—gimió, adosado a una columna, don Diego Alcozer.

—Asaltemos la cesta, y sálvese quien pueda, sin cumplimiento alguno—exclamó Gasparino Salvo, dando el ejemplo.

Lanzáronse todos, excepto don Diego, a la cesta, y cada cual sacó lo que primero le vino a las manos, mientras que menudeaban ya las gruesas gotas de lluvia.

—¡Resguardémonos en algún caserío!—imploró don Diego—. ¡Pronto, pronto, corramos!

Salieron a escape del Templo; la lluvia se con-

virtió prontamente en un turbión de extraordinaria violencia, como si se hubieran desfondado las cataratas del cielo.

—¡Dios santo!—gritó don Diego, todo encogido bajo la furia del agua.

Estrellita y los seis jóvenes reían. Llegaron al caserío más próximo; pero la cancela del patio estaba cerrada. Golpearon, gritando: "¡Socorro, socorro!" En vano. Y ya no era llover, era el diluvio.

Fifo Garofalo se quitó la capa, y con ayuda de los otros la extendió a manera de baldoquín sobre Estrellita y don Diego. Y caía agua, agua, agua... Pronto estuvo calada la capa.

—¡A San Nicolás!—gritó Mauro Salvo, cogiendo de una mano a Estrellita y emprendiendo la carrera.

—¡A San Nicolás! Estaremos bajo techado—aprobaron todos siguiéndole.

Y, a escape por la cuesta arriba, que se había convertido en un torrente.

Una vez bajo techado, don Diego, calado como los otros, empezó a temblar y a lamentarse:

—¡Me pondré malo!... ¡Maldito sea el instante en que se me ocurrió salir de casa!... Bien dije que había de pagarlo... Estoy hecho una sopa... ¡Y qué aire!...

La furia del agua cesó de pronto: pareció por un momento que iba a aclarar.

—¡No escampa, no! Sigue lloviendo, mirad...

La lluvia era más menuda, pero continuaba. Sin embargo, para sustraerse, calados como estaban, a la corriente de aire del cobertizo, decidieron dejarlo en busca de un mejor refugio.

—Es inútil, don Diego—observó Fifo Garofalo, después de haber llamado a la cancela de otro caserío—. Hoy es domingo, y a esta hora todos los campesinos están en misa en la ciudad. Lo mejor que podemos hacer es volvernos. Ya llueve menos; es de esperar que escampe del todo.

—Vámonos, sí—aprobó don Diego—. Pero ya verán como llego muerto.

Espoleado por el miedo, se puso a la cabeza de la comitiva. La lluvia arreció de nuevo, a los pocos pasos.

—Denos la mano. Déjese llevar por nosotros—le dijeron Totó Salvo y Fifo Garofalo.

—Me moriré, me moriré—gemía a cada momento don Diego, llevado por los dos jóvenes, que relinchaban como caballos, brincando y cabeceando alegremente, bajo la lluvia furiosa y entre las risas de los que venían detrás.

Llegaron a la ciudad con las ropas pegadas a los cuerpos. Don Diego quiso acostarse en seguida; le castañeteaban los dientes; temblaba todo él; su estado inspiraba verdaderamente temor y piedad.

—¡Un médico!... ¡Un médico..., me muero!... ¡Que venga Marcantonio en seguida!

Fifo Garofalo corrió a llamar al médico; Pepe, a ruegos de Estrellita, a avisar a don Marcantonio. Los otros se marcharon consternados y pesarosos.